

de que el fracaso de la segunda ofensiva de Brusiloff, en tiempos de Kerenski, pudiera considerarse como una traición a la amistad y a la palabra dada. Al llegar a este punto empezaron a enlazarse en la conversación los recuerdos de Mr. Wells con los de nuestro enviado, y no estamos seguros de reproducir exactamente los conceptos del novelista inglés; pero estamos casi ciertos de que Mr. Wells nos dijo que los campesinos rusos, cuya ofensiva, a costa de inmensas pérdidas, había salvado ya por dos veces a los aliados, debieron haber dejado las armas un año antes.

Kerenski vió claro. Lord Fisher vió también claro. Kerenski quería que los aliados fueran a la Conferencia de Estocolmo. Sabía que los rusos estaban hartos de la guerra y no podían más. No se quiso atenderle. Lord Fisher vió que los rusos necesitaban un auxilio directo. Quería ir con la

escuadra inglesa al Báltico. Así se habría evitado la ofensiva alemana naval sobre Riga, que tanto precipitó la desmoralización rusa. Pero lord Fisher tropezó con la resistencia del Almirantazgo, que nunca vió con buenos ojos la idea de aventurar la escuadra por el Báltico. Y, además, hubo resistencias procedentes de la solidaridad de las casas reinantes, porque Rusia había dejado de ser monarquía, y los monarcas restantes no sentían ya el mismo deseo de ayudarla que si hubiera seguido en el trono Nicolás II. Y como los monarcas son menos numerosos que los súbditos, les es más fácil entenderse entre sí de lo que lo será nunca a los pueblos.

Pero ya es un comienzo de inteligencia de los pueblos ver que el hambre de Rusia suscita la compasión de considerable número de españoles.

(La Voz, Madrid)

## Cuando la lluvia llama...

POR CARMEN LIRA

MI humilde huerto de forma apaisada, fué convertido por no sé qué trabajos emprendidos en él, en una pobre figura despojada de todo follaje y cubierta de polvo. Sólo quedé en el centro aquel pobre arbusto que yo trajera de la montaña, en donde sus hermanos suelen ataviarse de blanco y perfumarse. Pero aquí, mi pobre desterrado oculta entre sus raíces el arca en donde guarda blondas y sedas, y parece indiferente o serio. Es como si se hubiese vuelto mudo.

Los yigüirros cantan desde el amanecer en los solares vecinos.

El invierno está aquí; la lluvia nos ha visitado diariamente toda la semana.

Una calentura me obligó a permanecer durante varios días entre las paredes de mi cuarto, pero hoy he podido madrugar con el sol y ¡oh milagro! por donde quiera en el suelo ví asomadas unas diminutas cabecitas verdes, algunas con una gotilla de rocío prendida al desgaire como una moña de vidrio; todas con un aire de curiosidad y de confianza que puso mi corazón a palpar con ternura. La lluvia descendió del cielo para venir a llamarlas. Las simientes despertaron al escuchar el repiqueteo de aquellos piñecillos de cristal que ejecutaban sobre su sopor una danza de encantamiento. Y desde entonces no conocieron el sosiego, y llenas de esperanza se abrieron paso entre la oscuridad para sentir la luz.

Aquí están todas, porque todas fue-

ron llamadas: el brote que lleva la iluminación de una campanilla, este otro de la mostaza honrada, desapacible y desprovista de gracia, y aquel de la ortiga que se erizará de espinas.

Las buenas y las malas hierbas según sirvan o no a los intereses humanos.

Y el sol pone por igual, sobre las verdes cabecitas, su caricia paterna.

En los rincones hay macizos de lágrimas de María y de esas flores que el pueblo llama de la resurrección, que salen directamente del suelo sin acompañamiento de hojas, por la Pascua Florida.

¿Qué geniecillos festivos lanzan de las entrañas de la tierra esos tallos, para que estallen como cohetes silenciosos en el esplendor de la mañana y desplieguen sus matices delicados?

Hace unos cuantos días, en ese mismo sitio en que contemplo ahora un tesoro de colores, mis torpes ojos de criatura humana solo veían el polvo amarillento sobre el que pasaba de cuando en vez, el relámpago de una lagartija.

Las lágrimas de María son lirios nacarados en forma de copa, en cuyo centro los estambres rubios hacen pensar que un rayo de sol convertido en un chorrillo de oro llena lentamente el vaso.

Y un pasaje de Omar Khayyam sube a mis labios, mientras la brisa mueve los lirios que parecen tenderse ansiosos hacia el cielo:

«El tulipán para hacer su libación

matinal levanta del suelo su corola, en busca de la vendimia de la luz. Haz con devoción lo mismo, hasta que el Cielo te invierta hacia la Tierra como una copa vacía».

EL CIGARRO

OPRIMO con mis labios el cigarrillo de fino tabaco en el que se mezclan esencias voluptuosas, y me parece exprimo en ellos el jugo de un racimo de quimeras. Entre mis dedos está el pequeño tallo oscuro en cuyo extremo la brasa es una florecita roja que tiembla mística y sensual. En mí hay el recuerdo de una boca joven y provocativa, que en una ocasión sorprendí murmurando ferviente una oración, para ahuyentar la tentación de un beso que era un pecado.

De la corola de rubí surge como ante un conjuro, una madeja de humo, tan delicada, tan sutil! Mi pensamiento es entonces una aguja de oro, una aguja tenue, semejante a uno de esos hilos de la Virgen que amanecen hilvanando las flores de los campos. En esta aguja se va enhebrando la guedeja de humo y comienzo a bordar fantasmas sobre la urdimbre de sombras que se tienden sobre mi cabeza.

Mi espíritu sube en aquel rizo perfumado que brota de la flor de fuego, y se pierde... se pierde... Ahora es como si fuera a lo largo de ese río de ondas grises y silenciosas en una barca diminuta.

¡No sé más de mí!

La brasa muerde la carne de mis dedos con sus dientecillos de coral y... otra vez el contacto doloroso de la Vida.

En el cenicero queda sólo un montoncito de cenizas. Mas yo lo miro plena de simpatía. Yo sé que cada uno de los mínimos granos fué relicario de un hilo de aquella guedeja de ensueño sin forma, incoloro, inefable.

DESESPERANZA

MI corazón ha caído entre la Tristeza como un niño en el pozo de una casa abandonada. Muy arriba, muy arriba sobre mi cabeza, hay un trozo de cielo azul que es una sonrisa indiferente sobre mi desolación.

¡NUNCA!

¿QUÉ instante de acabamiento creó esta palabra en nuestro idioma y la desprendió del latín?

La amasó el dolor en el pecho de una criatura agobiada que estaba de rodillas, y subió a los labios en unas alas fuertes pero heridas.

Es una palabra de carne fustigada que ha perdido la energía.

Está hecha de sombras que conocen el encanto de la luz.

Es de las palabras más humanas que escucharan oídos.

¡Palabra trágica en la que vibran la eternidad y el misterio!

Es algo que huye con la huella de un ruego o de una crispación en los pliegues del manto.

¡Nunca!

¡Cuán insignificante es en francés!

¡Jamais!

Tiene alas de gorrión.

Es inconsciente y sonríe como los simples en los momentos de horror.

En inglés vale más:

Edgar Poe la hace surgir entre el silencio de una «fosca media noche»; el escalofrío de lo desconocido recorre las tinieblas y los oídos se dilatan como las pupilas de los gatos en la oscuridad.

\*Never more!

A aquel viejecillo erudito de barba blanca y florida que es mi amigo y que sabe cómo expresaron su dolor y su alegría, el griego del tiempo de Pericles, y el latino contemporáneo de Virgilio, pedí me instruyera sobre la palabra que usaran para gritar su desesperanza, su negación implacable esas muertás generaciones.

Y me instruyó:

*Nunquam* en latín, y me citó versos de Ovidio.

*Oudépote* en griego y llamó a Menandro.

Y en árabe *Jemri* y en hebreo *Bli o Belí*.

¡Nunca!

¿Por qué será que a mí me parece más profunda, más helada, más rotunda en nuestra lengua?

¡Nunca!

A veces la repito como una oración, en alta noche, cuando a través del silencio brillan más las estrellas:

¡Nunca!

¡Y se va resonando tan hondo, tan hondo, sobre la quietud y la oscuridad!

El aullido de un perro suele acompañarla en su peregrinación hacia Dios.

#### LAS NUBES

SOBRE el cielo del atardecer pasaban y se deshacían las nubes y las cumbres de la serranía estaban cubiertas de ellas.

Durante mucho rato contemplé la fuga de las unas y el reposo de las otras.

De pronto comprendí con desconcielo que no eran ya para mis ojos, monstruos, danzarinas, pájaros, torres, carros, animales, como lo fueron antaño cuando mis ojos estaban engastados en mi cabeza juvenil como dos piedras mágicas que todo lo metamorfoseaban a su contacto según el anhelo del corazón. Ahora la imaginación cansada y macerada por la experiencia, murmuraba avergonzada de

su saber, mientras las nubes pasaban sobre mi cabeza: son cirros, son cúmulos...

Y mi fantasía colgaba enjuta de mi espíritu, como un racimo de uvas al que hubiesen exprimido su jugo capitoso.

#### COMO EL MIRTO

UN pájaro gorjeaba entre el follaje del mirto y el sol poniente doraba el extremo de la copa verde oscuro. Además, por todas partes se había prendido sus florecitas ligeramente ambarinas.

Parecía un arbolillo feliz.

El pájaro sale volando y en su huida imprime una vibración en el arbusto. Las florecitas se estremecen y en torno del árbol palpita el polen dorado. Y como el sol acaba de ocultarse, hay la ilusión de que es el polvo áureo que cubría la punta de la copa, el que flota y descende.

En el silencio del jardín se sienten aún vibrar las pequeñas hojas del mirto, pero tan levemente, tan suavemente... Como no hay brisa, dentro de un momento estará tranquilo.

Y yo ahora soy semejante a ese arbusto.

Cuando el amor estaba en mí, la Ilusión puso su penacho rubio sobre mi pensamiento y un pájaro a cantar dentro del corazón.

Cuando el amor murió, el airón dorado cayó hecho polvo a mis pies y al huir del corazón el pájaro canoro, mi cuerpo frágil quedó vibrando como el mirto de mi huerto...

Mas ya casi no vibra y a mí me da tristeza sentir cómo me voy quedando tranquila.

#### EL HOMBRE AQUEL

SIEMPRE al anochecer pasa por mi puerta. Conozco su marcha, y cuando estoy en mi cuarto y lo oigo venir, salgo prestrosa, sin que él lo note, para saludarlo. ¡Y cuán cálida es la voz con que le doy las buenas tardes!

#### EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS

##### PUBLICADOS:

<i>Cuentos a Sonny</i> . Por Santiago Pérez Triana.....	0.25 ms ms.
<i>Tigres de Invierno</i> . Por F. Pi y Margall.....	0.25 » »
<i>Florilegio</i> . Por diversos autores.....	0.25 » »
<i>La Edad de Oro</i> . Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50 » »
<i>Los Cuentos de mi tía Panchita</i> . Por Carmen Lira. Edición aumentada.....	0.50 » »

##### EN PRENSA:

*Aventuras de Pinoquio*. Por C. Collodi.

Pedidos al Admor. del REPERTORIO

Camina desganado: se conoce lleva el ánimo a rastras.

Es más bien bajo, cargado de espaldas y su viejo sombrero de fieltro hace pensar en el techo de una casa abandonada, por el que no se verá más salir el humo anunciador de la llama. Los ojos son azules, muy azules y se tienden bajo las cejas espesas—cual si fueran dos bestiecillas cansadas—a la sombra de rocas cubiertas de maleza. La barba es rubia y cana y entre ella corre su sonrisa, dulce como un hilo de agua a través de una pradera tostada por el sol.

A veces se detiene a conversar conmigo, con su acento extranjero.

Es de la Bohemia.

¡Qué lejos, Dios mío! ¿Por qué vino hasta aquí?

De oficio es relojero y siempre va inclinado como si escuchase el tic-tac de una maquinilla.

Antes era acomodado. Ahora es pobre y bebe mucho.

A menudo, cuando lo tengo ante mí, sufro una alucinación: se va haciendo pequeñito, pequeñito, la barba se borra. Es un niño sonrosado, de ojos zarcos y no es posible contemplar su cabecita rubia sin poner en ella una caricia. Está en el regazo de su madre que lo estrecha contra su pecho y le dice con tono inefable: ¡Mi hijito!

Pero los pequeños rizos han huido de su cabeza como las rubias abejas del lugar donde hace mucho frío; la vida ha engrandecido sus miembros y el vicio y el dolor los han quemado y retorcido. Y la madre que anhelaba abrirse el corazón para meter en él a su hijo y protegerlo, quizá ya no sea más que un montoncito de polvo en un rincón de la Bohemia.

Al alejarse, mis ojos lo siguen angustiados, ¿será la última vez que lo miran? Y cuando se pierde en las sombras, una tristeza infinita sube del fondo de mi ser y llena de agua mis pupilas.

#### UNOS ZAPATITOS ALADOS

ESTA mañana, en un balcón interior de la casa vecina se oreaban unas botitas blancas a las que alguien acababa de poner muy albas y flamantes. Están hechas para un pie breve y arqueado, para un pie joven, ansioso de caminar y danzar. Yo sé que pertenecen a aquella muchacha que está posada en sus veinte años, con el encanto de una mariposa sobre una flor. Es una criatura esbelta y armoniosa tendida a la vida como una copa artística, para que escancie en su cavidad la alegría, hasta rebosar.

Y los blancos zapatos hacen pensar en dos palomas que enarcan el cuello al sol y se disponen a tender el vuelo hacia la dicha.

(Envío de la autora):